

Palti, Elías: La nación como problema

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, marzo 2003

por Florencia Abate – Universidad de Buenos Aires – CONICET

La nación como problema es una intervención contundente y necesaria en el campo de la historiografía. José Elías Palti realiza en este libro tres operaciones. La primera consiste en pensar, a partir de una serie de autores, de qué manera se produjo la emergencia del concepto genealógico de la nación y cuáles fueron sus sentidos. La segunda apunta a mostrar cómo dicho concepto comenzó a traslucir las aporías que le son intrínsecas, dando de ese modo lugar al surgimiento de corrientes antigenealógicas, cuyos planteos cuestionaron las bases del nacionalismo de cuño romántico e historicista. Por último, el tercer movimiento del análisis –probablemente, el más importante– está dirigido a problematizar el discurso antigenealógico, revelando sus propios puntos ciegos y el lábil carácter subsidiario de los fundamentos en los que se apoya, ya que éstos, paradójicamente, le deberían todo al terreno de premisas discursivas creadas por sus adversarios.

Palti muestra que a lo largo del siglo XIX el concepto genealógico de la nación fue central para construir el suelo de categorías gracias a las cuales tanto los nacionalistas como sus detractores pudieron discutir “la cuestión nacional”. Luego, aborda los contextos específicos de los debates pos-

teriores, a fin de poner de manifiesto que la voluntad de historizar del concepto de nación y “develar” su condición artificial no es, en modo alguno, neutra en cuanto a lo ideológico. Antes bien, el pretendido sesgo objetivo y científico que a menudo se arroga a sí mismo el discurso anti-genealógico ha de ser puesto siempre en tela de juicio. Palti nos recuerda que las corrientes antigenealógicas no deben ser concebidas como fruto de un aséptico y desinteresado espíritu que se propone probar que la nación es un constructo (después de todo, ¿qué no es un constructo en la cultura?), sino más bien como una tentativa de minar las premisas del nacionalismo moderno.

Ahora bien, en este punto el autor observa que el enfoque antigenealógico logró desarmar el aparato conceptual de aquel nacionalismo de matriz romántica; pero no ha conseguido siquiera rozar el núcleo de un nuevo tipo de nacionalismo que ya no se presenta como hijo del paradigma de la Ilustración: “Si el objeto de las narrativas antigenealógicas era privar de sustento ideológico a las tendencias más radicalmente jingoístas del nacionalismo, hay que decir que definitivamente erraron el blanco. La revelación de sus fundamentos contingentes resulta destructiva

sólo respecto del concepto genealógico del siglo XIX; deja intacta, en cambio, lo que Adorno llama la "razón cínica" del nacionalismo del último siglo, desde que el mismo no niega la contingencia de sus basamentos ni reclama para sí ningún estatuto de verdad". El propio Mussolini lo decía en 1922: "Nosotros hemos creado nuestro mito. Nuestro mito es fe y pasión. No necesitamos que éste sea una realidad. (...) ¡Nuestro mito es la nación, nuestro mito es la grandeza de la nación!". Así, Palti se ocupa de exponer y discutir recientes trabajos de Hobsbawm y de Habermas, señalando el callejón sin salida al que en última instancia parece arribar la mayoría de las argumentaciones antigenealógicas, incluso aquellas que aceptan hasta el límite las consecuencias del carácter "inventado" de toda adscripción colectiva, y no intentan contraponer a las identidades nacionales ninguna forma de objetividad, como sí pretendería Habermas.

En el último tramo, *La nación como problema* cumple una valiosa labor: invitar a no perder de vista la relatividad de todo postulado teórico respecto de un problema que se juega en términos políticos. Sensatamente, Palti sugiere que no es la historiografía –ni ninguna "disciplina"– la que en última instancia consigue forjar o destruir las ficciones de identidad colectiva. Aquí el autor sorteja la trampa de la alineación inherente a toda "especialidad",

para recuperar una mirada más abarcativa, atenta a las condiciones materiales de inscripción de los discursos y reivindicativa de la naturaleza política del saber.

Ese gesto no podía ser más oportuno si se piensa que en los últimos tiempos una suerte de "optimismo deconstruccionista" ha llevado a declarar airoosamente la muerte de numerosos conceptos (como si su mera declaración pudiera suponer su desaparición real) y ha propiciado que circulen demasiadas frases hechas que, como ráfagas, corren de boca en boca en el interior de las academias y sólo tienen el efecto de suplir, con su complaciente sugestión fónica, la responsabilidad del pensamiento sobre lo político. Como se afirma en este libro, "la desarticulación de las ficciones de identidad no es una propiedad exclusiva de los discursos, sino que se sitúa en la arista que limita a los discursos con lo que los excede", y no resulta un fenómeno frecuente, "sino más bien algo excepcional y que tiende a expresar profundas conmociones sociales y políticas". Esta advertencia, de impulso moderno, tal vez sea el principio ético y metodológico que debería contemplar cualquier estudio serio de "la nación como problema", a menos que los estudiosos se abandonen a la idea de que los esfuerzos de la conciencia se desconecten cada vez más de cualquier praxis posible.